

*Homilía de D. Juan Carlos Fernández de Simón,  
Canciller-Secretario General del Obispado y  
Vicepostulador de la Causa de Canonización,  
en el 18º aniversario del fallecimiento  
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús,  
03 - 08 - 2021*

***“Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi misericordia para contigo”.***

Queridos hermanos en el sacerdocio, muy apreciada comunidad de monjas concepcionistas, estimados hermanos todos en el Señor:

Nos hemos reunido en torno al altar para ofrecer el sacrificio eucarístico en sufragio por el alma elegida de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús en el 18 aniversario de su muerte. Queremos orar por esta monja concepcionista que se consagró por completo al Señor en su vocación monástica en este monasterio de la Inmaculada y Santa Beatriz, y para ello, nos vamos a dejar iluminar por la Palabra de Dios que acabamos de escuchar.

En la primera lectura bíblica que se ha proclamado, los versículos que hoy nos presenta el libro del profeta Jeremías, en ellos oímos a Dios decir con toda rotundidad: “Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi misericordia para contigo”.

El amor de Dios no acaba, ni se pierde ante la añoranza, es un amor eterno que nos cuida en nuestras adversidades y repara nuestras fuerzas en los momentos de debilidad. Dios siempre es fiel a su amor, no se acuerda de nuestros pecados, porque su amor le conduce a ser misericordioso con nuestro abatimiento, con nuestra miseria y con nuestros menosprecios. Ese amor eterno de Dios a toda la humanidad se ha hecho patente con la venida de su Hijo Jesús a nuestra tierra: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito”. Bien nos demostró Jesús lo mucho que nos quería, regalándonos su luz, su amor, su Persona, su Cuerpo, su Sangre y quedándose para siempre con nosotros.

Si nos fijamos en la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús podemos comprobar que ella supo vivir el compromiso de su entrega monástica, dejándose amar por Dios, aceptando su amor eterno que conduce a la plenitud con Dios.

Queridos hermanos, toda la vida de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús se desarrolló bajo el signo de la capacidad de entregarse de manera generosa, sin reservas, sin medida, sin pausa. Lo que le movía era su amor a Cristo, a quien le había consagrado su vida. Un amor sobrenatural e incondicional y precisamente porque se acercó cada vez más a Dios en el amor, pudo desde la clausura hacerse acompañante de tantas personas que se acercaron al locutorio del monasterio buscando su consejo, extendiendo de esta manera en el mundo el perfume del amor de Dios. Quien tuvo la alegría de conocerla al frecuentarla pudo palpar cuán viva era en ella la certeza de lo que puede el amor. Certeza que la

acompañó a lo largo de toda su vida y que de forma especial se manifestó durante su peregrinación terrena, de hecho la progresiva debilidad física jamás hizo mella en su fe incommovible, en su luminosa esperanza, en su ferviente caridad. Se dejó consumir por Cristo, por la Iglesia, por el mundo entero. El suyo fue un sufrimiento vivido hasta el final con amor y por amor.

Sospecho, hermanos, que a la gran mayoría de nosotros, la primera vez que nos encontramos con el principio del pasaje evangélico de hoy, nos pareció un tanto extraño, nos chocó la actitud de Jesús, de ese Jesús que siempre lo hemos visto atender a los que acuden a Él, atender a los que confían en Él y, que en esta ocasión, se mostrase reticente ante la petición de la mujer cananea de que cure a su hija poseída por un demonio muy malo, alegando que no era de Israel. La única persona que parece entenderlo resulta ser la protagonista de este acontecimiento, junto con Jesús, la mujer cananea. Acepta las palabras y razones de Jesús, pero como buena mujer no se rinde e insiste. Y nos ha dicho el Evangelio que ella se acercó y se postró ante Él diciendo: “Señor, ayúdame”. No sólo no se desanima, sino que, ante la negativa de Jesús, ella tuvo el gesto y las palabras que cautivaron a Jesús, para que el Señor acabara diciendo: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que desees”. Al fin vemos a Jesús, el de siempre, que no se resiste ante quien tiene fe.

Tres datos de esta mujer conmueven a Jesús: Una fe total y absoluta, una sencillez íntegra, completa y una perseverancia a toda prueba. Sin ninguna duda, tres claves que descubrimos también en Madre Mercedes de Jesús, quien entregó su vida entera al servicio de Cristo, a través de María, como consagrada en este monasterio. Ella es testimonio de fe total y absoluta, de sencillez íntegra, completa y de perseverancia a toda prueba.

Nosotros, hermanos, debemos seguir, por tanto orando sin descanso para que esta vivencia heroica de la fe, de la esperanza y de la caridad, en Madre Mercedes de Jesús, haga posible que, por nuestra oración, la Causa de Canonización se vea concluida pronto.

En esta celebración, pidamos para que la Iglesia aprecie sus heroicos logros y, en su debido momento, la declare santa. Nosotros no dejamos de encomendarnos en nuestras necesidades a la intercesión ante el Señor de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús, y no deberíamos olvidarnos que es nuestro deber informar, de cualquier favor concedido, a esta comunidad de monjas concepcionistas de Alcázar de San Juan.

A la Virgen Inmaculada, a quien estamos celebrando en esta Eucaristía, nos acogemos con confianza y amor. Mujer de toda belleza, María, donde no hay mancha de pecado, renueva en nosotros el deseo de ser santos. Que en nuestras palabras resplandezca la verdad, que nuestras obras sean un canto a la caridad, una respuesta al amor eterno que Dios tiene por nosotros. Que en nuestro cuerpo y en nuestro corazón brillen la pureza y castidad. Que en nuestra vida se refleje el esplendor primigenio. Que así sea.

**Juan Carlos Fernández de Simón Soriano**  
*Canciller-Secretario General del Obispado*  
*Vicepostulador de la Causa de Canonización*  
*de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús*